

A romantic couple is shown in profile, kissing under a dark, starry night sky. The man is on the left, wearing a light blue shirt, and the woman is on the right, wearing a purple and white striped shirt. The background is a deep blue night sky filled with numerous small, bright stars. The overall mood is intimate and serene.

El vuelo de las Perseidas

Raquel Silva Merchán

D.J.57

El vuelo de las
Perseidas



Raquel Silva Merchán

© de la obra: Raquel Silva Merchán, 2019

© de las ilustraciones: Raquel Silva Merchán, 2019

ISBN: 9781089604815

Corrección: Francisco Javier Silva

Imágenes de la cubierta: John Schnobrich (Unsplash); Pexels (Pixabay)

Diseño de la cubierta: Raquel Silva Merchán y Dae Sung Kang

Maquetación: Raquel Silva Merchán

Índice

[Capítulo 1. Vuelta a casa](#)

[Capítulo 2. Encuentros](#)

[Capítulo 3. El pasado es el pasado](#)

[Capítulo 4. Helado de pistacho](#)

[Capítulo 5. Secretos y confidencias](#)

[Capítulo 6. Déjame decirte algo](#)

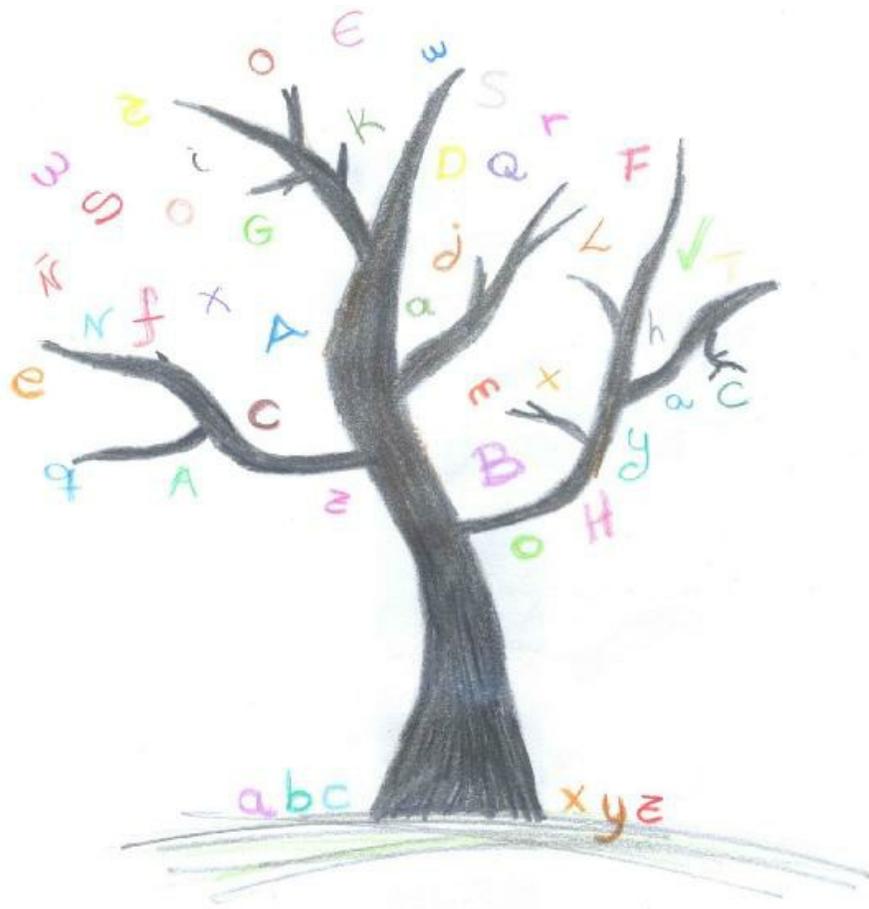
[Capítulo 7. Todo lo que tu vida significa](#)

[Capítulo 8. Las lágrimas de San Lorenzo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

A papá,
por enseñarme el valor y poder de las letras.



You always regret what you don't say
(Siempre te arrepientes de lo que no dices)

-Taylor Swift-

Capítulo 1

Vuelta a casa

Jamás imaginó que sus pasos le volverían a llevar a ese lugar. Había sido tan feliz allí. Pero esa felicidad se hizo añicos con la misma facilidad con que un vaso de agua se rompe al caer al suelo, y así estaba ahora su corazón, herido de muerte sin forma alguna de unir los pedazos. No tenía cura. Y ella era la única culpable.

Una llamada. Un nombre seguido de cuatro palabras: “*Carlos se va a casar*”. Una frase que provocaba eco en su mente.

En sueños, una voz le gritaba que volviera al lugar al que juró no volver. Como si de dos imanes de polos opuestos se trataran, la isla ejercía una atracción sobre ella que hacía que cualquier intento de resistencia fuese en vano.

Sus abuelos esperaban en el aeropuerto, ansiosos por abrazar a su querida nieta. Ocho meses sin verla era mucho tiempo y hacía años que no iba a visitarles. Desde que se marchó, ellos eran quienes tenían que coger el avión e ir a aquella ciudad llena de grandes edificios y contaminación.

—Mi niña, ¡qué grande y qué guapa te encuentro! —le dijo su abuela al verla —¿Estás comiendo bien? Ya verás, te he preparado la especialidad de tu bisabuela, que en paz descanse, caldereta de cerdo. Para chuparse los dedos.

—Herminia, deja un poco a los demás —dijo su abuelo abrazando fuertemente a su nieta y dejando en su mano un billete de cincuenta euros a la vez que le guiñaba un ojo—. Para que te compres uno de esos libros que tanto te gustan.

El viaje a casa transcurrió entre las quejas de su abuelo porque el médico le había prohibido los dulces, y las reprimendas de su abuela, recriminándole que no sabía de qué se quejaba si hacía caso omiso a la prohibición. Sin ir más lejos, la semana anterior había encontrado en el fondo del armario una bolsa de magdalenas escondidas debajo de unas toallas. La reprimenda había sido monumental, pero ambas sabían que a su abuelo le había entrado por un

oído y salido por el otro y no descartaban que tuviese más dulces ocultos en diferentes lugares de la casa.

Helena adoraba los pequeños regaños entre sus abuelos. El amor que sentían el uno por el otro seguía intacto. Llevaban juntos cincuenta y seis de los setenta y cinco años que tenían, y en sus gestos y miradas se descubría que no podían vivir el uno sin el otro. Cuando su nieta los observaba, no era capaz de evitar pensar que, a veces, el amor es para siempre.



Su habitación seguía tal y como la dejó. Varias fotografías, recuerdos del pasado, colgaban de las paredes azules que, en una tarde de verano, su abuelo y ella pintaron cuando decidió que no tenía por qué gustarle el color rosa cuando le encantaba pintar su mundo de azul. En la esquina más alejada de la puerta, se hallaba su pequeño rincón de lectura. Su abuelo, que era carpintero, le había hecho un cómodo sillón al que su abuela se encargó de hacerlo de lo más mullido. También le hizo tres estanterías sobre las que descansaban todos los libros que había ido comprando a lo largo de los años: romántica, thriller, fantasía... No había género que se le resistiera. La lectura fue su gran evasión tras la muerte de sus padres.

Cogió la novela de Jack Gordon, *Colmillo blanco*, y su mente viajó años atrás, a una tarde de invierno en la que Carlos y ella habían decidido quedarse en casa, resguardándose del frío. Sobre la alfombra Helena leía aquella novela que tanto le gustaba, apoyada en una montaña de cojines contra la pared mientras Carlos reposaba la cabeza sobre sus piernas, manteniendo los ojos cerrados entretanto la suave voz de la muchacha hacía música en sus oídos. Siempre le decía que le gustaba escucharla leer en voz alta, y cuando el frío arreciaba, se abrigaban en ese pequeño ritual de letras en el momento en el que el ambiente se llenaba del aroma del chocolate caliente que la abuela de Helena solía subirles.

—¡Helena, la comida ya está lista! —exclamó su abuela a través del hueco de las escaleras.

Dejó el libro en su lugar, terminó de recoger el poco equipaje que había traído y bajó a comer.

La caldereta olía estupendamente y sabía aún mejor. Las dotes culinarias de su abuela eran legendarias y, aunque trató de pasarle sus conocimientos

gastronómicos, jamás consiguió transmitirle la pasión por cocinar.

Cuando terminó su segundo plato de aquel delicioso manjar, expuso que no podía comer nada más en cincuenta años y, tras recoger la mesa y fregar los platos, decidió dar un paseo por el pueblo para bajar la comida.

Hacía mucho tiempo que no pisaba la playa, tal vez por nostalgia o quizás porque echaba de menos su pueblo natal, aunque no se permitía pensar en ello.



Capítulo 2

Encuentros

No tardó en encontrar el camino hacia la playa. Las calles de aquel pequeño pueblo costero seguían siendo las mismas, apenas había crecido en los años que estuvo lejos.

A esas horas, la playa estaba repleta de familias que disfrutaban del calor veraniego que la zona ofrecía y el frescor del océano. Nunca había sido muy concurrida. Se podría decir que era casi virgen, una cala entre formaciones rocosas colindando con el pueblo. Era como tener una playa privada.

Se descalzó y corrió hasta la orilla tratando de no quemarse los pies con la ardiente arena.

Cerró los ojos e inspiró hondo, llenándose del olor a mar, la fragancia que evocaba su pasado. Permaneció así unos instantes, escuchando el ir y venir de las olas.

Una pelota chocó contra sus piernas, invadiendo su tranquilidad.

—Lo siento... ¿Helena? —dijo la voz de una sorprendida chica.

Se dio la vuelta y encontró frente a ella a su mejor amiga.

—¡Laura! —exclamó mientras se unían en un añorado abrazo

—No esperaba verte aquí. ¿Cuándo has vuelto? —le dijo su amiga emocionada—. Hablamos por teléfono y no me dijiste que vendrías.

Se conocían desde siempre. Era vecina de sus abuelos, de pequeñas jugaban juntas todos los veranos, antes del accidente de sus padres y, tras este, fue el mejor apoyo que tuvo. Laura fue la única que mantuvo el contacto con ella cuando se marchó.

—Pasa la tarde con nosotros —suplicó Laura—. Los demás también están aquí.

Marta, Pablo, Aurora y Chema. Con ellos fue perdiendo el contacto poco a poco. Felicitaciones en año nuevo, cumpleaños y poco más. La distancia... los separó y, sin embargo, no dejó de pensar en ellos, de añorarlos. Siempre fueron muy buenos amigos y se alegraba de ese inesperado reencuentro.

Fue una alegría correspondida. Cuando Laura regresó con la pelota,

acompañada de Helena, sorprendidos al verla, acabaron fundidos en un conmovedor abrazo.

—No has cambiado nada, Helena —dijo Aurora—. ¡Estás fabulosa!

—Sí que has tardado en venir a hacernos una visita, *chica de ciudad* —bromeó Chema.

La tarde transcurrió rápida. Era el momento de conocer lo que a cada uno le había acontecido durante el tiempo de separación, de volver a jugar a vóley playa y de recordar instantes pasados.

Marta acababa de graduarse en interpretación musical, en la Escuela Superior de Arte Dramático de la ciudad. Desde pequeña, siempre estuvo interesada en el tema de la actuación y el canto. Cada fin de curso los deleitaba a todos con canciones de diversas temáticas. Ahora, por primera vez en su vida, dejaría la isla y volaría a la capital en busca de su sueño: participar en uno de los musicales de los grandes teatros.

Pablo y Aurora continuaban ayudando a su padre en el negocio familiar, una pequeña panadería donde hacían los bollitos más ricos que Helena había probado nunca. Chema trabajaba en una firma como programador informático y en su tiempo libre ayudaba como voluntario en el refugio de animales de la ciudad.

En cuanto a Laura, su sueño siempre fue llegar a ser una gran escritora de cuentos infantiles. Su trabajo fue recompensado con el reconocimiento en varios concursos literarios, pero ella aspiraba a ser reconocida y a que sus cuentos se tradujeran a otros idiomas, traspasando fronteras.

El sol dio paso a la noche mientras los seis amigos rememoraban viejas historias entre risas.

—¿Recordáis aquella vez que una medusa picó a Carlos? —recordó Aurora—. Trataba de hacerse el valiente, como si no le doliese, y estaba sudando la gota gorda.

—Sí. Su terquedad le llevó a pasarse una semana en la cama con fiebre —apuntó su mellizo.

Laura observaba a Helena buscando su reacción. En sus años de ausencia de la isla trató de esquivar con gran maestría el nombre de Carlos. Cada vez que Laura insistía en hablar de él, Helena cambiaba de tema. Con el tiempo, las dos amigas sellaron un pacto de partido de forma que ese nombre no surgiera en ninguna de sus conversaciones.

—¿Por qué no está aquí? —preguntó Helena con aparente desinterés.

—¿No te comentó nada Laura? —Se extrañó Chema—. Cuando te fuiste

Carlos dejó de hablarnos sin ninguna explicación.

—El muy idiota. Incluso nos negaba el saludo cuando pasábamos por su lado —añadió Marta—. Al principio seguía uniéndose a algún que otro plan, pero siempre estaba con mala cara, apenas hablaba y en el momento que lo hacía era con un tono bastante borde. Tiempo después dejó de responder a nuestros mensajes. Un día nos lo encontramos en la playa y haciendo surf con unos chicos de la ciudad y actuó como si no nos conociera de nada.

—Se ha convertido en un idiota integral —apuntó Chema—. Te libraste de una buena, Helenita. Hiciste bien en aceptar aquella beca.

Una mordedura de culpabilidad penetró el interior de Helena. Sus amigos desconocían el verdadero motivo por el que se marchó de su pequeño pueblo costero. Ocultó la realidad diciéndoles que le habían ofrecido una beca en una de las mejores academias de danza del país. A decir verdad, lo más cerca que estuvo de la academia fue cuando entró para preguntar por las tasas. No volvió a ir. Continuó trabajando en una pequeña cafetería del centro hasta que meses después halló una oferta de trabajo como profesora de danza para niños y, tras hacer la prueba, consiguió el puesto.

—¿Se trasladó a la ciudad?

—¡Qué va! —intervino Laura—. Continúa viviendo en la casa de sus abuelos. Su abuela le dejó la casa al morir.

—No tenía ni idea que hubiese fallecido su abuela —dijo Helena con un sentimiento de pena que le quebró la voz.

—Murió el año pasado. No te dije nada por, bueno, ya sabes... —comentó Laura compungida—. Lo siento.

Helena era consciente de que no podía culpar a su amiga. Sus abuelos tampoco le dijeron nada. Era consecuente con su decisión y en ella se incluía a la abuela de Carlos.

Un incómodo silencio envolvió a los amigos.

—¡Vamos chicas, no hablemos de cosas tristes! —calmó Chema—. ¿Una última partida al vóley?

— En otra ocasión. Mis abuelos deben de estar preguntándose dónde me encuentro —se disculpó Helena—. Me ha encantado pasar la tarde con vosotros. Es como si el tiempo nunca hubiese transcurrido.

Agitaron sus manos en una despedida que no era más que la promesa de volverse a encontrar nuevamente.

Con la cabeza algo más despejada y sin un motivo especial decidió dar un pequeño rodeo en su camino hacia la vivienda de sus abuelos. Sus pasos

resonaban débilmente sobre el suelo y se pararon en seco cuando frente a ella apareció el portal de la casa. La temblorosa luz del anochecer no entorpecía su visión.

Por un instante, le pareció observar escenas y momentos de un tiempo ya pasado. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué? Las preguntas sacudían su cabeza con perplejidad. Y de pronto, una voz a su espalda...

Capítulo 3

El pasado es el pasado

—¿Helena?

Su corazón se detuvo a medio camino de un latido, consciente de a quién pertenecía la voz que dejaba en el entorno la resonancia de su nombre. No esperaba ni quería encontrárselo. Aún no estaba preparada para ello.

Giró sobre sí misma y se encontró cara a cara con el responsable de su viaje, de aquellos sueños que la persiguieron las últimas noches, instándola a regresar.

—Hola, Carlos. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí... ¿Qué te ha traído aquí, Helena?

Su voz era fría, distante y sonaba a reproche. Se preguntó qué era lo que esperaba, pero el tono acusador de su voz, era como un puñal clavado en su pecho. Era sentirse una intrusa. Había sido un error regresar, una estupidez.

—Bueno, tengo que irme, mis abuelos deben estar preguntándose dónde estoy —le manifestó con frialdad, ignorando la pregunta—. Adiós, Carlos.

Procuró no enfadarse y sin embargo no pudo evitarlo. Le dio la espalda y comenzó a caminar a paso ligero.

—¡Helena, espera!

No se detuvo. Su mente le gritaba que estaba jugando con fuego, que tratara de disfrutar de unos días con sus abuelos y olvidara a aquel chico con el que solía contar las estrellas y ver el vuelo de las Perseidas en las noches de agosto. El pasado es pasado, y ahí debía permanecer.

Carlos la alcanzó enseguida.

—Perdona, no quería ser tan...

—¿Borde? Te conozco. Sí querías. —Trató de aparentar indiferencia—. Pero no pasa nada, puedo entenderlo.

—No esperaba verte aquí. Me ha sorprendido, eso es todo. ¿Te quedarás mucho tiempo?

—Aún no lo tengo decidido. Una semana o quizás dos.

Carlos parecía estar sumido en sus pensamientos, debatiendo en su

interior entre dejar salir las palabras que se agolpaban en su boca o despedirse y entrar en casa. Helena, sin embargo, lo observaba atentamente, tratando de hallar en su mirada algún indicio que le exteriorizara si, aunque fuese por un instante, la había echado de menos.

—¿Te apetecería quedar mañana para tomar un helado? —titubeó —Aún siguen haciendo los de pistachos. Apuesto a que no has vuelto a probar ninguno así en estos tres años.

—Ganarías la apuesta. Nadie hace los helados como el señor Guzmán.

—¿Es eso un sí? ¿Qué te parece mañana a las cinco en la heladería Guzmán?

—Allí estaré —respondió Helena con una tímida sonrisa.



Cuando regresó a casa de sus abuelos, estos ya se habían ido a dormir. Le dejaron una nota en la cocina en la que le indicaban que la cena estaba preparada en el frigorífico, únicamente tenía que calentarla.

Terminó de cenar y subió a su habitación. Se sentó en su cama junto a la ventana y a su través, mirando al océano, evocó la imagen de Carlos. Siempre fue muy moreno, en eso no había cambiado. Las horas que pasaba surcando las olas con su tabla de surf bruñían su piel con rayos del sol. Sus ojos castaños, siempre tan dulces cuando la miraban, habían adquirido un tono de dureza, aunque allí seguía esa luz que desprendía. Le gustaba la media melena que ahora exhibía, recogida en una coleta que dejaba escapar distraídos varios mechones, resaltando aún más ese aire de surfista que le caracterizaba.

Pensó en todo lo que podían haber sido si no se hubiera marchado, maldiciendo el no poder volver atrás en el tiempo para cambiar aquella decisión que tanto le atormentaba.

Y así fue como, mientras cruzaba el cielo la primera de las Perseidas que veía en años, pedía el deseo más profundo de su corazón.



Capítulo 4

Helado de pistacho

Las horas del reloj avanzaban lentamente mientras la poca ropa de la maleta se quedaba esparcida por su cama. No debía ser tan difícil elegir que ponerse, si solo iba a ir a tomarse un helado con un viejo... ¿amigo?

Los pensamientos de Helena volaron años atrás, cuando las estrellas concibieron su milagro.

Se conocieron una tarde de verano, cuando tras la muerte de sus padres en aquel fatídico accidente de coche, Helena tuvo que irse a vivir a aquel pequeño pueblo isleño en el que residían sus abuelos paternos: su única familia. Solo tenía ocho años. Aquel día salió a pasear, no soportaba estar encerrada entre las cuatro paredes de su habitación, percibiendo el dolor en los rostros de sus abuelos, y sintiendo el suyo propio. Necesitaba respirar con libertad, caminar y llorar sin que nadie la observara y sin que las miradas de compasión le recordaran que ahora era una niña huérfana.

La noche cayó y sus abuelos se habían ido a dormir. Con sigilo, bajó las escaleras, salió a la calle y caminó hacia el mar. Le tranquilizaba escuchar el suave vaivén de las olas y sentir como el agua del mar refrescaba sus pies. Cuando llegó, se sentó en la orilla, mirando en el horizonte la negrura del océano que se abría paso delante de ella. Sus lágrimas comenzaron a caer, perdiéndose en la salinidad de las olas. Ensimismada en sus pensamientos no reparó la presencia de un muchacho que, al igual que ella, buscaba la tranquilidad de la noche para evadirse de un mundo que se le antojaba cruel e injusto.

Se estremeció levemente cuando Carlos se sentó a su lado. Lo observó con el rabillo del ojo durante unos segundos y siguió mirando hacia el mar. Los días se sucedieron y como si de una regla no escrita se tratase, se encontraban cada noche bajo las estrellas a la misma hora.

Una noche, Carlos la llevó a su lugar secreto:

—Hoy es noche de Perseidas —dijo Carlos señalando al cielo—. Mi padre me dijo una vez que si pides un deseo a una estrella fugaz en el

momento en que cruza el cielo, tu deseo se hace realidad.

—¿Pueden hacer regresar a aquellos que han muerto a la vida? — preguntó Helena esperanzada.

—No. Cuando alguien muere, lo hace para siempre, solo vive en nuestros recuerdos —respondió Carlos con tristeza—. Pero a mí me concedieron mi deseo cuando acepté que mi padre no volvería jamás y comencé a desear otra cosa.

—¿Y qué deseaste?

—Un ángel.

Los pensamientos de Helena retornaron al presente mientras lágrimas silenciosas rulaban por sus mejillas. Aquella noche no entendió qué quiso decir Carlos, pero con el tiempo comprendió que se refería a ella.

Contempló su rostro reflejado en el espejo y se preguntó si aquella chica, la que ahora ocupaba su lugar y que pronto despertaría cada mañana a su lado, sería su nuevo deseo a una estrella, su nuevo ángel que le salvó del vacío que ella misma dejó.

De pronto entendió el por qué de su viaje. No quería escuchar las campanas sonando para alguien más que no fuera para ella, caminando hacia el altar, hacia una vida junto a él. Necesitaba saber si Carlos consiguió olvidarla pues ella nunca pudo hacerlo.

Respiró profundamente tratando de contener las emociones que batallaban intentando escapar a su control y centró toda su atención en la ropa que tenía esparcida sobre su cama. Finalmente se decantó por un liviano y veraniego vestido de tirantes y mangas caídas color verde, a juego con sus ojos. Eligió un maquillaje ligero con efecto nude, dio un color suave a sus ojos y mejillas, y aplicó a sus labios un poco de brillo. Nada de ir sobrecargada, tan solo un efecto natural.

Cuando llegó a la heladería, Carlos ya estaba allí. Pidieron un par de helados y se sentaron a conversar.

—Es increíble que el señor Guzmán no te haya reconocido. Me arrastrabas aquí casi todos los días.

—Bueno, han pasado varios años desde la última vez que le compré uno de estos —dijo Helena elevando su copa coronada con tres bolas de helado de pistachos.

—Sí...

Entre los dos se originó un embarazoso silencio por lo que ambos se centraron en saborear los helados.

—Aún no me puedo creer que en la primera semana probaras todos los sabores —le dijo Carlos rompiendo con su voz el mutismo entre los dos y sin poder contener una sonrisa cuando lo atropellaban los recuerdos—.Estuve sin poder volver a probarlos durante todo el verano. ¡No los podía ni ver! Pero tú insistías en venir y pedir otro para mí.

—Sin embargo, lo dejabas ahí sin probarlo siquiera y tenía que comérmelo yo.

—Lo dices como si te hubiese obligado —rio Carlos—. Los dos sabemos que esa era tu treta desde el principio. Yo te decía que no me apetecía, tú hacías caso omiso y pedías otro para mí. No es casualidad que el mío siempre fuera de pistachos... ¡Eres el monstruo de los helados!

Puso cara de inocencia y ambos estallaron a carcajadas. A partir de ahí la conversación fue más fluida. Recordaron las noches de cine en el pequeño ático de la casa de la abuela de Carlos, donde creó un agradable espacio cinematográfico, los recitales de danza de Helena brillando bajo los focos mientras Carlos aplaudía lleno de orgullo por ella desde el graderío, las tardes en las que Carlos trató de enseñarle a subirse a la tabla de surf sin éxito alguno. Momentos en los que no podían vivir el uno sin el otro, en los que la felicidad o la tristeza siempre fueron compartida.

—¿Sabes? si me cuesta vivir en una ciudad tan grande es por no poder ver las estrellas. Echo de menos tumbarme en la arena y mirar como esos puntitos lejanos iluminan el cielo con su brillo.

—Pero ahora estás aquí. Puedes volver a hacerlo.

Helena guardó silencio. En estos años no había sido capaz de alzar su vista al cielo, temerosa de aquellos recuerdos de felicidad que se encontraban a años luz.

—¿Por qué no quedamos esta noche? —inquirió Carlos—. Es tiempo de Perseidas.



Capítulo 5

Secretos y confidencias

Hacía tiempo que el sol había cedido a la luna su lugar en el cielo cuando Helena y Carlos se encontraron en la zona de alquiler de las barcas a pedal. Caminaron silenciosamente, disfrutando de la compañía, cada uno abstraído en sus propios pensamientos, pero situados en la pequeña cala a la que Carlos la llevó una noche, muchos años atrás, y que se convirtió en su lugar especial. Tan solo era accesible cruzando de roca en roca con cuidado de no resbalar.

Para la mayoría de los del pueblo no tenía nada de extraordinario, pero para Carlos y Helena era el lugar de sus secretos y confidencias, de sus sueños y, sobre todo, el lugar perfecto para contemplar las estrellas.

—Es tal y como lo recordaba —dijo Helena mientras elevaba la mirada hacia la inmensidad del cielo—. Lo he echado de menos.

Se sentaron juntos en la arena, moviendo sus manos con ese gesto delator de aquellos que buscan unirlos, sonriendo para tratar así de relajar el ambiente.

El aire fresco de las noches de agosto hizo que Carlos colocara su chaqueta sobre los hombros de Helena.

—Siempre olvidas que suele hacer fresco por las noches.

Lo miró con la piel erizada ante el contacto repentino y anhelado.

La luz de la luna, el parpadeo incansable de las estrellas, la voz del mar, como una dulce melodía que rememora el pasado, y esos labios que quería volver a besar.

Él, a quien ella más amaba, acariciaba su mejilla, su cuello, llenándola de vida. Sus bocas, sin pretenderlo se buscaron y se unieron fundiéndose en un cálido beso. Dos corazones perdidos que se volvían a encontrar.

Carlos se retiró repentinamente de ella, confundido, aturdido, como lo delataba su rostro, igual que si hubiera despertado bruscamente de un hechizo.

—¡Por favor, no te cases! —le suplicó Helena.

—¿Qué no me case? ¿Qué derecho te asiste para volver y exigirme que

cambié mi mundo por ti? —increpó Carlos—. ¡Te quería, Helena! Deseaba casarme contigo, compartir mi existencia contigo, en los buenos y los malos momentos. Hasta el fin de nuestros días. Esquivando las balas que la vida nos tirara, porque nuestro amor era eso, a prueba de balas. Jamás pude imaginar que el proyectil para destruir todo cuanto éramos, todo aquello que podríamos haber sido, serías tú.

Las palabras de Carlos impactaban directamente en su corazón, una tras otra, como puñales afilados.

—Tenía miedo de que todo lo que poseíamos acabara en la basura —clamó Helena enfadada—. Nuestros años de amistad, la relación que teníamos. Apenas llevábamos un año saliendo. Tenía miedo de que comenzásemos a discutir por tonterías. Me aterraba la idea de perderte.

—Espero que sepas lo absurdo que suena todo lo que me estás diciendo, Helena. ¿Qué pretendías? De eso trata el amor, de afrontar el miedo juntos y luchar por quien se quiere, no de hacer sufrir antes de salir herido, no de estropear las cosas antes de que se estropeen por sí solas. El amor no va de huir por el miedo a perder. Yo te quería —imploraba Carlos mientras trataba de contener las lágrimas —Te pedí matrimonio, ambicionaba pasar el resto de mi existencia contigo. Fui el hombre más feliz del mundo cuando aceptaste y, sin embargo, me rompiste en pedazos cuando días después me devolviste el anillo y desapareciste, sin darme explicación alguna. Podría haberte esperado, te habría entendido si solamente me hubieses contado lo que te pasaba.

—¡Por favor, escúchame! —suplicó Helena—. No quería hacerte daño. Yo, yo...

—No quiero oír nada más.

Carlos le dio la espalda y comenzó a caminar sobre las rocas. En poco tiempo su figura dejó de distinguirse en la oscuridad de la noche. Helena se quedó paralizada, con las palabras de Carlos golpeando inesperadamente su mente, engullendo las esperanzas de regresar junto a él.

Las lágrimas de Helena caían de sus ojos y se deshacían entre las olas del mar.

Capítulo 6

Déjame decirte algo

Llegó a casa como una exhalación. Sus pensamientos se arremolinaban como en una tormenta aumentando su rabia. No sabía qué hacer ni adivinaba el por qué había vuelto. ¿Qué esperaba? Acaso que abandonara a su novia a dos días del enlace, la perdonara y como si no hubiera ocurrido nada se fueran juntos para vivir felices para siempre. No creía que pudiera haber otro motivo más que la locura y la desesperación.

Tenía toda la razón en considerarla la verdadera culpable de esta historia. Lo abandonó, desapareciendo, asustada por la idea de que todo lo que siempre había querido acabara devastado.

El miedo inconsciente la llevó a no aceptar el riesgo que supone amar sin luchar, para no enfrentarse a situaciones que pueden trascender atormentadas, a las inseguridades, negando la posibilidad de vivir su amor con alegrías y dolor, pero afrontándolos juntos. Y dejándolo a él como una cáscara vacía.

Helena colocó la maleta sobre la cama, vació el armario y los cajones presta por escapar. Cogería el bus, a primera hora de la mañana, que la llevaría al aeropuerto donde un avión la alejaría de allí para no regresar jamás.

Tres golpecitos en la puerta la avisaron de la llegada de su abuelo.

—¡Pasa, abuelo!

Blas se sentó en la cama de su nieta, haciendo caso omiso a la maleta sobre la cama. Lo miró atenta.

—¿Te escondes de la abuela otra vez?

—Sabes que este es el único sitio de la casa en el que no puede encontrarme.

La artrosis que tenía Herminia en las rodillas de sus dos piernas le impedía subir las escaleras, así que Blas solía subir al cuarto de su nieta cuando su esposa se enfadaba demasiado.

Helena lanzó una mirada inquisidora a su abuelo.

—Ha encontrado mi sitio secreto para las galletas.

—Abuelo, tal vez deberías hacerle caso al médico y a la abuela, y dejar los dulces.

—Déjame decirte algo. A mi edad cualquier cosa puede mandarme al hospital. Si hay algo que no voy a hacer es dejar de comer lo que quiero porque un matasanos lo diga. ¡No, no y no...! —le apuntó su abuelo con decisión—. Si tengo que irme al otro barrio me voy, pero con la comida no se juega.

Puede que en parte Blas fuera coincidente con sus palabras, sin embargo, Helena estaba convencida de que a su abuelo le encantaba discutir con su abuela, afirmar que después de tantos años todavía se preocupaba por él.

—No me mires así, Helenita —dijo su abuelo—. Ahora, ¿vas a decirme por qué tanta prisa en hacer las maletas cuando no hace ni tres días que las has deshecho?

—Extraño mi hogar, abuelo —mintió Helena—. Eso es todo.

—¿Tu verdadero hogar?

Encogió sus hombros, en un tic que le sobrevenía cuando se sentía insegura en una conversación y no sabía cómo salir de ella.

—Allí es donde vivo ahora. Todo mi círculo vital se encuentra allí —puntualizó—. Pero no os preocupéis. No tardaré en volver a veros. Además, os he comentado miles de veces que podéis venir conmigo, que tengo una habitación acomodada para vosotros. Me sentiría feliz de teneros más cerca.

Entendía que sus abuelos jamás abandonarían la isla. Toda su vida residía allí y allí se quedarían hasta que esta llegase a su fin. Les encantaba el mar, como a ella, y Helena comprendía la pena que les supondría dejar todo atrás.

—Escucha lo que voy a decirte, Helena. Las personas a veces le damos un significado erróneo a la palabra “hogar”. El hogar, no es el lugar en el que vivimos, ni es el techo bajo el que dormimos. —Blas hablaba a su nieta desde el corazón—. En la mayoría de las ocasiones, el hogar se halla en un abrazo, en un beso o una simple mirada. El hogar es amor, cariño y comprensión y se construye en el lugar donde tus sentimientos viven.

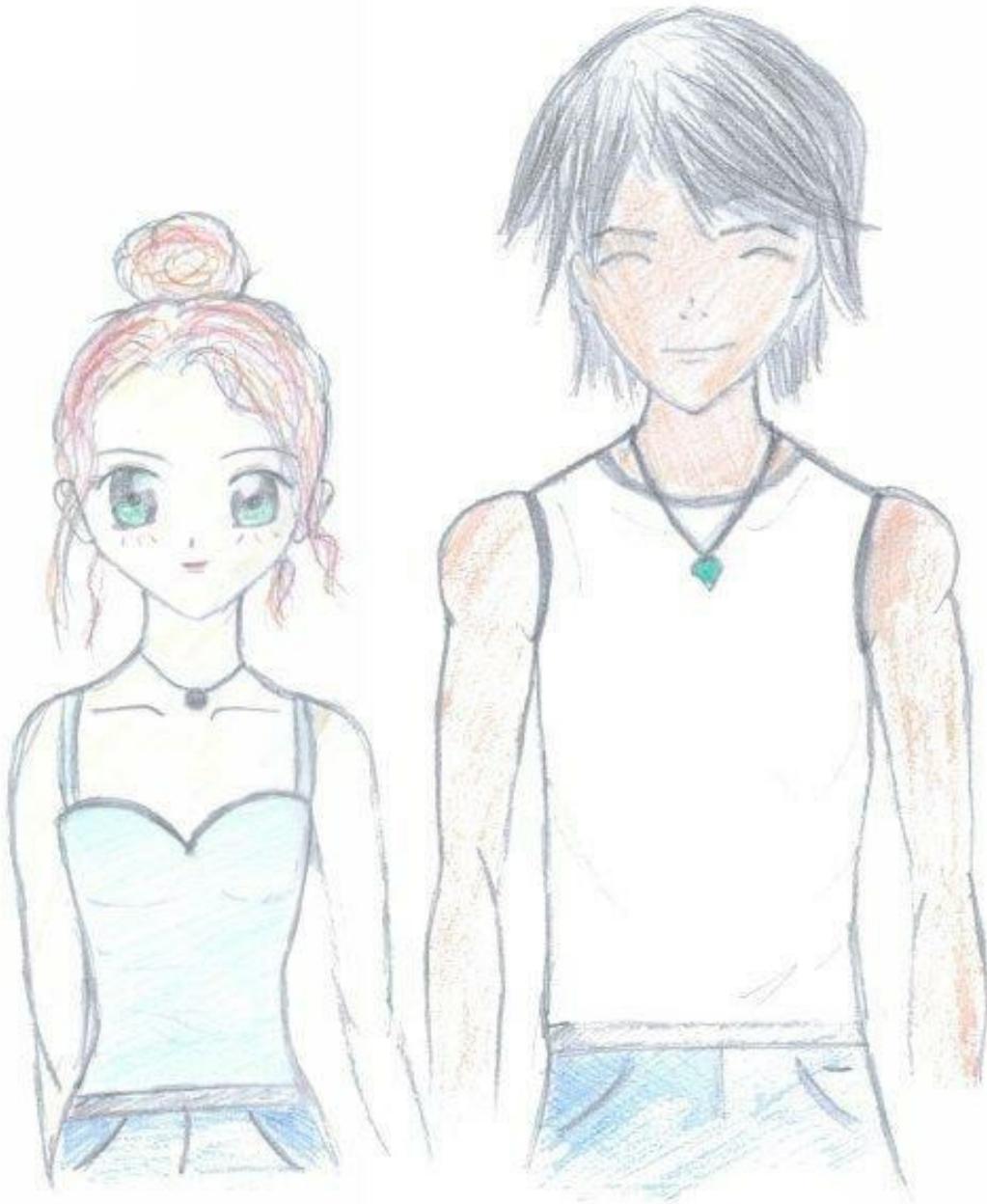
Blas se levantó de la cama, besó a su nieta en la frente y le entregó una vieja fotografía.

—Descansa esta noche y recuerda: que aún no se ha dicho la última palabra.

Helena contempló la fotografía con el corazón encogido. Sus pensamientos volaron hasta aquella tarde de verano, en sus casi estrenados nueve años. Jugaban juntos en los columpios del jardín de sus abuelos.

Cuando ella estaba montada, enredaba las cadenas para que en el momento de soltarlas se desenredaran solas y Helena diera vueltas sin control mientras reía a carcajadas. Su abuelo había captado el instante justo en el que sus miradas se cruzaban sonriendo.

Aquella mirada, aquella sonrisa, era su verdadero hogar.



Capítulo 7

Todo lo que tu vida significa

Siempre soñó que sería ella la que caminaría hacia el altar para encontrarse con él. Con el vestido blanco y las lágrimas cruzando sus mejillas. La estaría esperando con la emoción contenida en su mirada. Pero cuando llegó el momento, el dolor emocional, la inseguridad, hizo que huyera presa del miedo. ¿Cómo era posible que algo que anhelaba y buscaba desesperadamente, a la vez le diese temor?

Y ahora, el tiempo, implacable, se le escapaba.

Tras las palabras de su abuelo y aquella fotografía trataba de reunir el valor necesario para volver a hablar con Carlos. Cada vez que decidía ir a su casa y enfrentarse a su destino, sus pies se paralizaban por el recelo a que todo estuviera perdido.

Conversó con Laura, y su amiga, al contrario de lo que esperaba, la animó a hablar con él.

—Si no hablas con él y le dices todo lo que sientes, quedarás atrapada en el pasado para siempre, arrepintiéndote de no haberlo intentado —le dijo su amiga.

Aun así, no consiguió recorrer el camino que separaba su casa de la de él.

El tiempo se le acababa, despiadado pasaba cada vez más veloz.

El claxon precipitado de un coche y la voz de su amiga hizo que saliera a la calle.

—¿A qué estás esperando? —le dijo Laura —¿Piensas dejar que otra persona viva tu vida? Sube.

El corazón de Helena latía acelerado. Su abuelo tenía razón. Su amiga tenía razón. No quería que otros labios besaran a Carlos por el resto de su vida ni que fueran otros brazos los que le levantaran en cada caída haciéndole sentir a salvo. Quería ser ella quien despertara cada mañana a su lado, su gran apoyo y consejera. Quería envejecer junto a él. Compartir los buenos momentos y hacer que los malos fueran más llevaderos. Quería construir una familia, sin miedos y con amor. Jamás debió salir huyendo, fue un gran error.



—No puedo entrar —dijo Helena junto a la puerta de la iglesia —¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a decir? —La incertidumbre ante la reacción de Carlos la aterraba—. Es una locura. No puedo entrar y destruir lo que ha elegido. No es solo él, es también la mujer que ahora está a su lado. No puedo, Laura, no puedo...

—Respondió a tu beso, ¿no? —espetó Laura—. Hagamos una cosa. Entra ahí y haz que te vea. Después dejad que sean vuestros corazones los que decidan.

—No quiero ser egoísta y pensar solo en mí. Como te he dicho no es solo Carlos, es también la mujer que está junto a él. Destrozaría su vida y no sería justo para ella.

Laura midió las palabras de Helena.

—Todo es arriesgado. A veces no dar un paso más nos hace sacrificar nuestro presente y nuestro futuro. Este ahora constituye todo lo que tu vida significa. No lo dejes pasar.

Inspiró profundamente. Si quería que su vida adquiriera el significado que deseaba darle, debía tomar una decisión con todas sus consecuencias. Y no deseaba que pasara por delante de sus ojos sin sentido alguno. Así que dio ese paso hacia delante...

Capítulo 8

Las lágrimas de San Lorenzo

—¿Carlos? ¿Dónde están todos?

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería...

Ambos miraron en la dirección adecuada y vieron los desesperados destellos de amor parpadeando en sus miradas.

—No podía casarme. Decidí ser justo y honesto con ella. Pensaba que había superado todos los fantasmas de nuestro amor, Helena. Y no era así.

Con paso dubitativo, Carlos se le acercó. Había intentado concederse en el interior de la iglesia donde no pudo casarse, unos minutos de soledad, esa asombrosa soledad que solo te proporciona la paz y el silencio del templo, esa soledad que te habla y que te escucha. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

Se adelantó unos pasos y se puso a escasa distancia de él, abrió los brazos y esperó...



Instantes después, Carlos sentía el cuerpo de Helena a su lado, muy cerca. Giró la cabeza hacia ella y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué no has vuelto a irte?

Era la pregunta que en estos momentos le obsesionaba.

Helena también giró su cabeza y le miró.

—No lo sé —le respondió—. Durante horas he estado preguntándome por qué no lo he hecho. Luego he decidido que era absurdo seguir haciéndome esa pregunta. No lo sé. Quizás por la misma razón que ha hecho que tú no hayas podido casarte.

Carlos, nervioso, miró a un lado y a otro, y luego a Helena. Se encontró con sus ojos grandes y brillantes y bajó la mirada turbado.

—Los dos nos equivocamos Helena. Ninguno fuimos capaces de ver las

señales de alarma que anticipaban lo que iba a suceder. Ni fuimos capaces de dar un paso atrás para recomponer lo que se nos escapaba. Dejamos que nuestro amor se desvaneciese como una estrella fugaz, convirtiendo en polvo su luz cargada de deseos.

Acurrucada sobre el pecho de Carlos, Helena sintió un nudo en la garganta, por eso se limitó a afirmar con la cabeza.

La vista desde su cala secreta, a pesar de la noche o gracias a ella, era impresionante: las olas morían a sus pies y volvían una y otra vez a reconstruirse, allí donde los reflejos de la luz de la luna sobre el agua se hacían inabarcables, a lo lejos el pueblo, con una aureola de luminosidad que lo envolvía por completo.

Carlos y Helena se miraron durante largos minutos, sin decirse nada, luego se besaron muy despacio, como si todo el tiempo del mundo les perteneciese solo de ellos.

—¡Mira, las primeras estrellas fugaces están cayendo! Carlos la abrazó con fuerza mientras le susurraba una y otra vez al oído las mismas palabras:

—Te amo, Helena. No dejaré que te vayas nunca.



Agradecimientos

Sin mis padres, Francisco Javier y María, seguramente no me encontraría escribiendo estos agradecimientos en estos momentos. Gracias por las lecturas antes de dormir, por los libros en Navidad. Gracias a mi hermano, Fran, por juntar tu imaginación con la mía y crear historias mientras jugábamos con los clis, montando ciudades en la alfombra, el patinillo o la terraza.

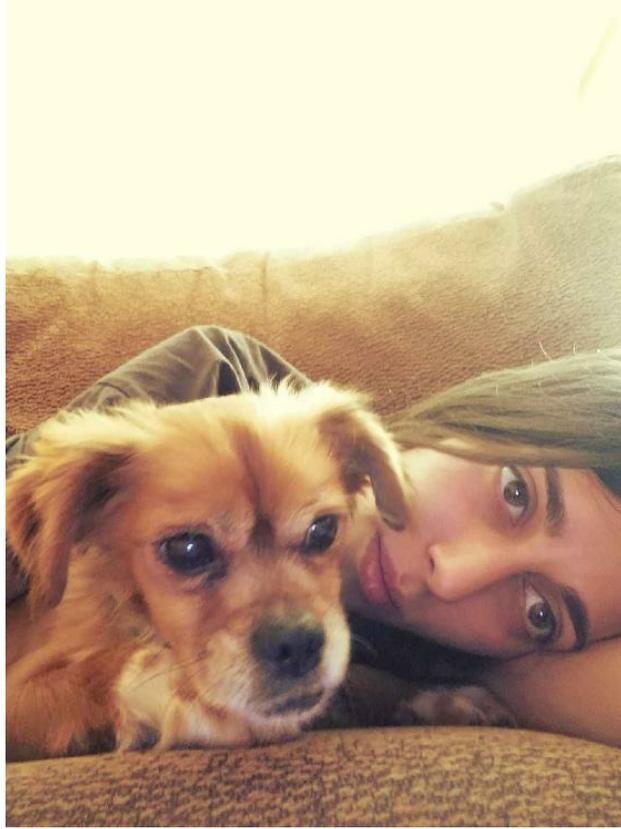
Gracias a Dae Sung, por darme ánimos, apoyarme y querer leer todas y cada una de mis historias. Tú lo sabes todo: *Aja, aja fighting!*

No puedo olvidarme de Andrea y Laura que, aunque nos separan todos esos kilómetros, siempre están cuando las necesito, lo dijimos: *Forever and always*, pero verdadero. A Vicky, nombrada como mi lectora 0 por excelencia hasta el fin de los tiempos. A mi prima Pilar, gracias por esas tardes de escritura, risas y cotilleos para despejar la mente.

Gracias a Matías, por querer leer todos mis relatos.

Y gracias a ti, por regalarme parte de tu tiempo leyendo esta historia. Gracias por darme una oportunidad.

Raquel Silva Merchán



Nació en la ciudad extremeña de Almendralejo (1989). Compagina su pasión por la lectura y la escritura con su carrera de educación infantil y el taekwondo.

Autora de varios relatos ha colaborado en el libro benéfico *Invisibles: Rostros en un espejo roto*, una antología con narraciones sobre bullying y ciberbullying, y en el libro benéfico *Fieles para la protectora de animales Proyecto Cañadas*.

El vuelo de las Perseidas es su primera publicación individual.

Podéis seguirme en:

[Facebook](#) [Twitter](#) [Goodreads](#) [Instagram](#)